



Bitácora se refiere a los cuadernos de navegación; aunque actualmente se utilice en la 'red' con el nombre de 'blogs' para recoger todo tipo de noticias, textos u opiniones. Del mismo modo esta sección que recoge las ideas generales y los fenómenos actuales, así como las morfologías y tendencias que configuran el mundo junto con las reflexiones que al respecto nos resultan más destacadas. Así pues, ni crítica de libros, ni crítica de filosemas o teorías, es un intento de «navegar, orientándonos por la razón, en el confuso océano del presente y en cambios constantes..».

A MIS AMIGOS

El verano parece no ser el tiempo propicio para abordar un texto que continúe en la línea que hemos iniciado hace meses en esta “sección”. Acaso buscábamos entonces un refugio ante las inclemencias del tiempo; pero sospechamos que la filosofía no es sino la respuesta que (se) dan aquellos que, precisamente, cuando viven en la intemperie alguien les pregunta: ¿ qué haces ahí? Claro que tal vez su academicismo, la construcción histórica de un albergue metódico devenido almacén técnico-profesional, ha alejado en general a los filósofos de la experiencia misma del filosofar. No todos por suerte. Que intemperie e intempestividad se conjugan es algo que Nietzsche llevó hasta sus últimas consecuencias ya desde muy joven. Pero no hace falta ser Nietzsche para que encontremos filósofos que desean cambiar las aulas, que intentan mirar a la luz, captar ese movimiento del pensar que les sirva no sólo a ellos mismos, en su singular proceso, sino, y como consecuencia lógica, también a otros. Pensar la política, las relaciones ciudadanas, el movimiento de las pasiones, de las necesidades, de las constricciones, de la explotación de la miseria y la debilidad de la mayoría, expuesta a una intemperie fabricada, mantenida, gestada por los poderosos, no es la menor de las conquistas filosóficas, es decir la conquista de algunos de mis amigos que intentan pensar el cómo, el por qué y, sobre todo, el de qué manera colaborar con sus conocimientos, incluso con sus privilegios, a ese mantenimiento de la moralidad, de la lucidez, de la “vergüenza de ser hombres”, como escribíamos en nuestra Bitácora anterior, como revulsivo, como intempestiva incomodidad, como síntoma y brújula.

Hay quienes nunca han dado un paso en este sentido y jamás lo darán, viven dentro de eso “albergues” a los que hacíamos mención anteriormente: aprenden las formas, la metodología, las artes de la retórica en algunos casos, el uso abrasivo del punzón supuestamente analítico. Viven en una nueva escolástica, dando paradójicamente muestras de su temor y de su temblor, y parecen no saber qué hacer en un Mundo en devenir cuyas morfologías se derrumban ante sus ojos y cuya metaestabilidad les pone ante un futuro donde no habría otro recurso que aferrarse al nominalismo de los símbolos antiguos, a los intemporales que un sentido metafísico de la *historia* les proporciona. Son los nuevos profesionales, aupados sobre las espaldas de una miríada de “especialistas” que no ha hecho filosofía, según creo, sino retórica, filología, comentarios de textos. Luego están los que, sobre estas arenas, se han erguido y aprestado a ser el rostro de “nuestra filosofía hispana”, una docena quizás lo cual lo dice todo, incluso si admitiésemos este juego de espejos de la vanidad pueril, que son las modas. Al lado, a veces, un meteorito, dos, acaso tres y esas estrellas fijas, rutilantes, silenciosas como toda estrella, el fondo luminoso del pensamiento español: esos son más, pero están acallados por aquellos, marginados, poco considerados, ninguneados. No ocupan los grandes escenarios, los medios televisivos, las tertulias radiofónicas, los periódicos de renombre. O aparecen fugazmente, como estrellas que son, y luego vuelven a su trabajo verdadero, a sus clases, tesis, conferencias, compromisos políticos y sociales.

Yo hablo de ellos porque son mis amigos, es evidente, y de los otros porque nunca llegarán a serlo. Las cátedras les están vedadas, salvo excepciones. Las victorias profesionales llenas de trampas, el despliegue político y la influencia de sus esfuerzos entrecortado, cegado. Pero ellos insisten, en los institutos, en las asociaciones, en los foros, en la Universidad. Yo creo que tienen algo propio de las “toxinas”, su capacidad de infección y su fortaleza inaudita. Y también, como es fácil deducir, su modestia no exenta de orgullo. Suelen ser, por otro lado, generosos y ese estoicismo ejercitado está siempre sometido al cerco poderoso, tupido, que los ciñe, que intenta seducirlos cuando no puede asfixiarlos.

En realidad, yo que estoy entre ellos como un observador, que vivo sus avatares como si fueran míos por una cuestión de amistad, no puedo sino escribir sobre estos

filósofos verdaderos antes que sobre ídolos filosóficos o disputas más ideológicas o gremiales que otra cosa. Naturalmente, no daré nombres; con algunos tomo café, paseo, comparto algo más que libros o referentes históricos; con otros, intento que esta Revista, por ejemplo, sea un proyecto a la “intemperie”, intempestivo, así pues con ese riesgo de la libertad que únicamente el entendimiento orienta, dirige con tino. Y este ciberespacio donde regularmente nos hemos encontrado y donde espero sigamos haciéndolo, sigamos creciendo y sigamos mejorando, permite que nos unamos con amigos del centro, del sur, de levante o de poniente y que cada estilo y mirada pueda ser acogida sin censuras, reparos ni armazones que constriñan el pensamiento allí donde se supone nunca debe ser más libre, más expuesto, más propio: en la Filosofía.

Ya sé que este no es el modo habitual de hablar, aunque no es la primera vez que el modo epistolar, los diálogos u otras formas “literarias” han servido de vehículos para el pensamiento filosófico. Pero, por otra parte, este es el privilegio de mí ya antigua desafección académica, la cual cambié por seguir las rutas estéticas de la poesía y la literatura. Hube de volver a la filosofía y conté con un maestro mayor a cuya sombra atemperé mis desánimos y ordené mis veleidades. De ahí muchos de mis actuales amigos, y esta *filia* que trasciende las relaciones personales: el hilo diáfano, y por ello invisible, que nos une. Claro que estas líneas pueden ser ensoñaciones del poeta que dormita aún en mí, veleidades del corazón, psicología. Sin duda, y por ello la cuestión no se resuelve ahí donde surge, en el reducto individual, en el espacio corpóreo de las emociones, en el torbellino subjetivante. No es menos cierto que hay que dar un paso más allá, salir a la intemperie, apostar por esa vía que, sometiendo al “yo” a la escala de los horizontes abiertos, de los otros, columbra lo infinito. Este “yo” que ahora me permito tome la máscara de mi persona, de mi nombre propio, y “se” crea por un instante dueño y señor, verdadero sujeto de este discurso. Convendréis conmigo, puesto que siendo mis amigos seréis tolerantes, que es este discurrir mismo el que permite a este fugitivo “yo” auparse sobre su contingencia, sobre su misma *nonada*, y creerse así “alguien”, cuando no es más que “algo”, el momento pasajero de una mirada, el centelleo de una figura que sobre el fondo inasible de la existencia, es...

Claro que aquí convendría no mezclar poesía y filosofía. Así que mejor será abandone este solipsismo tan propio, pese a las apariencias, de tantos como se tumban al sol en las playas atestadas.

Así pues, dejando claro que soy consciente de estos excesos, no será difícil convenir, queden neutralizados por la trampa que les tiende el discurso mismo, el texto como tela, como añagaza, como laberinto embaucador. Claro está que el insecto en ella atrapado se debate y aletea, pero eso dura un momento, ya sabéis. Así que, antes de que todo se apague y esta rutilancia del estío comience a su vez a descender indicándonos de nuevo la vuelta a la ciudad, el engranaje que no se ha detenido, las rutas inexorables que debemos seguir, me he puesto a escribir estos párrafos desde una perplejidad que soy incapaz de superar, por más que en el trato amistoso que frecuento, la atempere y resulte fuente de impulsos, de insistente resistencia. ¿ Todo esto viene a cuento de que el sol luce más alto? ¿ De los cuerpos hermosos? ¿ Del ocio o acaso del tedio que la rutina estival inflinge?

He de confesar que apelo a la amistad para afrontar este proceso otoñal en el que mi existencia se encuentra. Pues resulta ser que ahora, al alcanzar la mirada vuelta extensión suficiente y sobrada, me asombra que para llegar a este escepticismo consciente haya tenido que recorrer tantos caminos, conocer tantas gentes, escrutar tantos resquicios, adquirir tantos conocimientos cuantos otros nos legaran. Y como me sorprende que para alcanzar esta conclusión acerca de la imposibilidad del saber, de su finitud, de su impotencia, de su escéptica resolución haya que recorrer tantos saberes, recoger tantos legados, no veo otro modo mejor que dirigirme a mis amigos, a los que sé hacen lo mismo, desde hace tantos años, con tantos esfuerzos, con sus inmensos saberes acumulados y sobre los que se izan para ver la infinita e incolmable sabiduría apenas rozar las yemas de sus dedos. Como hay que saber tanto para saber que no sabremos nunca lo que buscamos, que la sabiduría es fugitiva e inasible, que hay por otra parte escépticos que atajan, e indoctos, esos sí, que ya nos decían con descaro que nada hay que saber, salvo una cosa: cómo pasar por la vida lo más ligero, lo mejor posible, sacando provecho de todo y sin que nada ni nadie nos afecte. Y como todo esto me vino de golpe, mientras paseaba a la orilla del mar

y estaba solo y no quería contestarme a mí mismo, es por lo que he escrito este texto que resuena como las olas del mar ante los oídos de aquel que se detenga y escuche.

- B -

Ahora la cuestión es cómo salir de las aguas turbulentas del subjetivismo. Uno chapotea por ese fangal y parece que está diciendo muchas cosas, transmitiendo emociones, experiencias personales y lo cierto es que, de seguir por esos caminos, lo único que se podría constatar es cómo vamos siendo tragados por ese sumidero sin fin. Por supuesto, no se trata de desmentir lo anterior, tampoco de reducirlo a las meras impresiones de quien esto escribe. Hay ahí, con todo, un hilo conductor, no sólo el de la *filia* como quedó dicho, sino el de la Filosofía. Es el *topos*, el ámbito donde las Ideas trenzan una *topología* y, en y por ella, unas rutas, una vías transitables.

Si inicié este discurso desde una posición subjetiva, “sentimental”, incluso desde una ingenua valoración de las personas y los grupos implicados que me afectan, no quería que mis afecciones al respecto quedaran subsumidas por las nuevas solicitudes en las que me encuentro. Por otra parte, ahora hace un año que comencé a escribir en esta Revista que tiene para mí inevitablemente connotaciones personales que no puedo ni debo eludir, precisamente porque es a partir de ellas que puedo analizarlas, situarlas, ensartarlas en ese movimiento topológico del que hablo y que como tal, efectivamente, supera ineluctablemente mi “individualidad”, mis pareceres, mis sentimientos, pero de un modo tal, paradójicamente, que ese *topos* y su devenir “me rescata”, y me convierte en un ser singular, en la parte individual de ese conjunto en marcha al que pertenezco.

Así pues, esta Revista y, en mi caso, estas Bitácoras, no son sino el nombre de un movimiento mayor que atraviesa el fenómeno de su existencia en la red, que implica a otros muchos colaboradores, a algunos pocos impulsores, que cobra realidad en este “paso al acto” en el que estamos comprometidos y que al hacerlo repercute en nosotros mismos, se extiende y nos configura. Al detener entonces, en este momento propicio, el discurrir habitual de sus contenidos, es la reflexión desde lo alcanzado lo que me ha devuelto al terreno de la sentimentalidad, de mis relaciones personales, del reconocimiento de mis amigos como soporte de mi propio acaecer. Y como siempre desee escribir sobre ellos,

sobre estos verdaderos filósofos, sobre sus compromisos y su dignidad, no he visto ocasión mejor que esta y aquí, como un motivo de celebración y de alegría, pero también de impulso, y de exigencia.

- C -

El origen de estas páginas se encuentra en nuestro trabajo anterior en esta Revista acerca de “la vergüenza de ser hombre”. El recorrido por la extensa y plural obra de Stiegler no era sino la ocasión de adentrarnos, desde la mirada deleuziana acerca de las “sociedades de control”, hasta este presente que se extiende en deshilachaduras en pos de nuevas *morfologías*. En nuestro país, carente de intelectuales de envergadura capaces de orientar a las diferentes potencias sociopolíticas e ideológicas que, en su transformación indubitable, lo someten a una miserabilización más que preocupante, la “vergüenza” debiera comenzar a ser el síntoma de una rebeldía ciudadana que nos saque de este estupidario peligroso en el que nos encontramos. Y sin embargo, creemos que, bajo la aplastante mitología mediática, la reseca del suelo, y la renovación del cinismo afascistado, grupos e individuos singulares laten, puján, sostienen esa verdad operatoria que, en su hacer, nosotros identificamos con el *Eros* filosófico.

La Filia que da título a estas líneas es el hilo diáfano que, cuando falta, como señalaba Aristóteles, nos convierte en peces agitados, desorientados, faltos del elemento vital, de esa materia invisible que nos unía, con la cual nos movíamos y, sobre todo, gracias a la cual vivíamos verdaderamente. Nos falta, y seguimos viviendo es cierto, pero aisladamente, resecos, reducidos a nuestras escamas salitrosas, desafortunados los ojos, buscando en todas partes y en todas las cosas que nos dicen y nos ofrecen eso que nos falta y no sabemos qué es. Y todo nuestro esfuerzo, nuestro tiempo, se convierte en un ejercicio de compra, de consumo, de encastillamiento en este espacio y en este tiempo cada día más parecido a una red carcelaria, a un emplazamiento amedrantado.

Como es notorio, destacadamente en este país, *el desierto crece*. Con esta frase premonitoria de Nietzsche, terminábamos nuestra Bitácora anterior. Y en este desierto español de cemento y desolación, las muchedumbres, que no *multitudes*, europeas muestran la miseria conformista, la impudicia del amor a las cosas, la deshumanización del

salitre que convierte a las falsas familias ante la paellera en la costa en despojos humanos, carentes de ese vínculo, de ese medio y de esa finalidad que hacía de sus avatares, de sus luchas y deseos la fuente dinámica del deseo, de la mejora, de la herencia de un mundo otro para sus hijos. Que incluso esto fuera una ilusión, el sueño de los miserables alimentado por una cínica burguesía, eso no resta para que ahí reconozcamos, ahora que nos falta, el medio acuoso donde la vida crece, se extiende y transmite ese oleaje espumoso de la historia, donde las *multitudes* se encabalgaban como espuma y como promesa. Ahora, ¿ qué promesa?, ¿qué influencia?, ¿qué sostenible deseo heredaran los “hijos del cemento” y los trabajos precarios? ¿ Cómo afrontarán el miedo, la soledad, la escasez venidera? ¿ Cuáles serán sus *códigos*, sus profecías, sus dioses ?

Y en este país donde aún el siglo XIX se disputa el espacio de su *melée*, el fascismo improductivo impone su fanatismo, mostrando el rostro des-almado de su acedía. Es cierto, somos aún *la reserva espiritual de Europa* y nos estamos convirtiendo en el sumidero de sus miserias, ¿ exagero tal vez? Vamos, dejemos que los que esto digan tejan la ya escasa tela de sus mentiras, de sus mitos. *Nosotros* estamos obligados a configurar esa posibilidad desenmascaradora. *Nosotros* debemos intentar llevar a cabo la *implantación política de la filosofía*. Ahí es donde Eros fulge, donde nadamos en nuestro medio, donde no nos falta el aire y comprobamos que el mar se distribuye a lo largo del Océano envolviendo, llevando, moviendo a las *multitudes*.

¿ Cómo superaremos este reducto del “yo-atomo”?, ¿ cómo nos vincularemos a los otros para ir más allá de nuestra individualidad?, ¿ cómo alcanzaremos ese “nosotros” que no es suma, abigarramiento, homogeneización de muchedumbres, reflejo especular de los televisores?, ¿ cómo alcanzaremos contenidos culturales, políticos y sociales a la altura de nuestra esencia, de nuestra humanidad ?

Como el aire aristotélico, esta humanidad la echaremos de menos cuando nos falte, cuando como ahora sólo veamos rostros agitados, friantes, miserias, corazones desérticos, voluntades de piedra. Ni siquiera *la voluntad de poder* nos consuela, pues el poder parece haberse reducido a la inmediatez anorgásmica, al dominio cuerpo a cuerpo, a la extensión de muerte. Mirad a nuestros políticos: ni siquiera la ira los enciende. La pasión política les resulta desconocida y el amor a la Nación o el Estado, no va más allá de un cálculo, de una

tele-metría que tiene en las audiencias su parámetro mayor. Se habla, se piensa, se decide, se legisla, bajo la férula del marketing, de la política ficción. No hay herencia, no hay historia, no hay futuro. Es el fin de la historia impuesto por el triunfo del capitalismo. Nos resistimos, es cierto, seguimos empeñados en ser “diferentes”, españoles y, por ello mismo, vascos, gallegos, catalanes y ahora, a la que salta, andaluces, lo qué sea. Nos resistimos: pero nuestras hipotecas, nuestros automóviles, nuestros televisores de plasma, nuestras autopistas, nuestros anuncios publicitarios y nuestros euros, sobre todo nuestros euros, esos nos hacen comunes, iguales, partes de un proceso que nos desmenuza, nos arranca del suelo, del aire, de los otros, de nosotros mismos, del movimiento del Océano, de la Historia que, pese a todo, continua, socava, prepara un futuro del que se nos hurta, que ya está en el hontanar y del cual debemos dar pistas, *rut*as, modos de acceso. Desarraigados del aire y de la luz, del amor diáfano, es nuestro deseo volver al mar, espumear, batir las aguas oscuras y profundas hasta reflejar esas *fuentes de energía* que unen a los hombres, que los impulsan y llevan más allá de una supervivencia agónica, numérica, atomizada.

Con más móviles que cabezas, y play-stations que manos, Internet trenza las redes que atrapan los cuerpos, las potencias individuales: *matrix*. Los nuevos dioses configurando un firmamento invisible donde las manos, los ojos, los cerebros estarán conectados a los centros decisorios, al espiritualismo a la carta, con una libertad que no sobrepasará el espacio de nuestros movimientos posibles, los cuales accionarán y reaccionarán a los impulsos demandantes de la *infinitud nanotecnológica*. He ahí la *materia general* formateada, ordenada, intracraneal. Así, la conquista de nuestros cerebros, culminará esta desertización en la que nos encontramos y *la miseria simbólica* de la que habla Bernard Stiegler alcanzará la homogénea disposición que el menú tecnopolítico imponga mediante el despotismo de la modernidad tecnológica.

Vaciados, allanados, succionado el océano de nuestros cerebros, seremos consumidores satisfechos, consumidores de los letárgicos aspectos de una fenomenología teledirigida. Esclavos felices y satisfechos, sólo legaremos esclavitud a nuestros hijos, sólo nuestras miserias urbanizadas. Somos presas fáciles del fascismo que viene, del terror a perder nuestros propios ídolos, a descubrirnos débiles, a descubrir, precisamente, que somos los esclavos del *Imperio*.

Y es por ello que la reacción no se puede hacer esperar, pues nuestro imaginario exige nuevas alianzas, encuentros, compromisos: una filosofía poética, es decir creadora, subversiva que tenga en las Ideas su arma, su destello, la exigencia que nos obligue a superar esta medianía que nos esta aplastando. Es siempre lo *mismo*, pero ahora el *otro* se ha apoderado de todas las formas de dominio y de control, del aire y de la luz, del deseo y de la voluntad, de lo diáfano, del mar.

- D -

De la *Gestell* y de la *Miseria simbólica* ya hemos hablado recientemente. Sloterdijk, en su última entrega esferológica, *Espumas*, describe la Superinstalación, la gran *Ge-stell* mundial, como una conquista hacia la levitación y la verticalidad que se preservaría del desierto mediante las prótesis técnicas y las funciones de mimo y cuidado “alomaternal” del Estado benefactor en el cual vivimos. Su aguda mirada, cínica y sin piedad, irónica como pocas, tiene la virtud de iluminar espacios sombríos, insospechados, ocultos tras las estructuras de un pensamiento ideologizado al cual, como poco, estas aperturas someten a la exigencia de una réplica que no puede ocultarse más tiempo a los cambios ya acaecidos ante nuestros ojos.

Desembarazarse de las costumbres, de los prejuicios, de la mecánica inercial es quizá uno de los esfuerzos más notorios y urgentes que debemos acometer. Sin duda, nuestras edades no invitan a ello, pero entonces debiéramos saber que ya pertenecemos a otra época y nuestro lenguaje no encuentra en el presente acomodo, capacidad de acoger e interpretar las nuevas morfologías que se construyen ante nosotros.

El mérito de Peter Sloterdijk es haberse enfrentado desde su temprana “crítica de la razón cínica” a los patrones dominantes del fin de la modernidad. Nietzsche nutre un pensamiento que, deteniéndose en Heidegger no obstante, en su irreverencia fructífera, lo “sobrepasa”, para acceder al “espacio” que hasta ahora estaba abandonado, dominado por el imperativo del “tiempo”. Quizás se le pueda achacar su tendencia a literaturizar filosóficamente sus análisis, quizás su psico-sociologismo sea demasiado notorio. No es este el lugar ni el momento de enfrentarnos a su extensa como polémica obra. Pero no podemos sino destacarla, precisamente en esta recapitulación entre amigos, por lo que tiene

de contemporánea, de corrosiva, de llamada de atención y, qué duda cabe, por su mirada socavante, lúcida, otra.

Como se ve, la *Gestell*, el almacén tecnoindustrial y la sociedad contemporánea de consumidores “levitantes” exigen no sólo nuestra atención, sino una mirada distinta y un discurso capaz de encontrar nuevas ideas, nuevos símbolos, nuevos anclajes a la tierra. En este “invernadero de lujo”, las perspectivas del “humanismo” parecen, en principio, nulas, residuales, reducidas acaso a un efecto museístico. Sin duda, el acerado y acertado diagnóstico de Sloterdijk respecto del, por ejemplo, “prometeico-franciscano” tratamiento del ya, y por eso, célebre *Imperio* de Negri y Hardt, parece confirmar esa conclusión pesimista, cercana al “fin de la historia”, donde los síntomas dominantes no sólo serían el “mimo”, el “ocio” y el “victimismo” del creciente individualismo de los habitantes de la Superinstalación, sino también, y sobre todo, el aburrimiento, la lenidad, el declive de la inteligencia. Sin embargo, tanto la mirada corrosiva de Steigler como la de Sloterdijk, coincidentes en tantos puntos, no nos parecen cierran todas las puertas y tiren la llave al océano. Todo lo contrario. Ni pesimistas ni optimistas.

Lecturas necesarias, imprescindibles que, como poco, nos pondrán ante la urgencia de pensar contra ellas y a partir de ellas. Una de las “categorías” que en su trilogía utiliza Sloterdijk como nuclear es la de “explicitación”, muy emparentada con la que Leroi-Gourhan había roturado a partir de sus investigaciones paleontológicas: la externalización de los “órganos”, de los sentidos, de sus utilidades. La Modernidad habría vuelto explícito lo implícito, el trasfondo y la *hybris inmanente*, cuyo “*devenir histórico*” recorrerían las tres figuras esferológicas: cesura del paleolítico cazador-recolector; cesura del agricultor y el entorno feudal y cesura de la época hiperindustrial y urbana que es la que describe como “espumosa” en este tercer y último que, muy brevemente, comento.

Frente a la moral del resentimiento, esta renovada gaya ciencia se eleva, nunca mejor, sobre el espíritu de la pesantez del siglo ya sido y nos presenta no sólo “el Parque Humano”, sino las andanzas del “último hombre”. Zaratrustiano vocacional, nosotros, sus lectores, tendremos a bien pasear livianos por las costas urbanizadas e hiperbólicas, por ver si las espumas empíricas hacen de nosotros alegres filósofos del devenir.

Y quien quiera descansar, que el estío le sea fructífero. Nosotros, por nuestra parte, aligeramos los pasos y esperamos el otoño venidero con un cordial saludo amistoso, cómplice y riante. Salud así pues y que Eros os sea pródigo.